

Colección Pedagógica Universitaria

No. 37-38

enero-junio/julio-diciembre 2002

Pierre Bourdieu y la complejidad de lo social

Roberto Follari

Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina

Algunos pudimos saber de él hace ya muchos años, a través de sus obras primeras. Es el caso de *El oficio de sociólogo*, esa rigurosa y original propuesta para ensamblar lo teórico y lo empírico en la investigación. Aquel libro haría historia en cuanto superación del “metodologismo” en la investigación social, y mostraría hasta lo insospechado las consecuencias que la epistemología de Gaston Bachelard podía atesorar en relación con las ciencias sociales. El texto fue una herida profunda para el empirismo que a menudo se adueñaba –y aún se adueña– de las herramientas utilizadas en la investigación.

Así pudimos ir accediendo a una de las propuestas más enriquecedoras que la sociología ofreciera en la segunda mitad del siglo, y que se fuera construyendo gradualmente en la obra del autor francés. Por curiosidad nos allegamos a su *Mitosociología*, su publicación augural y primera. Allí aparecía una de las preocupaciones que luego iría madurando: la del rol de los intelectuales, y el poder al interior de su institucionalidad.

Es lo que más tarde Bourdieu formalizara en su teoría de los campos, especialmente los de lo simbólico (la ciencia y el arte). Allí se adentraría con audacia en un espacio habitualmente negado: el análisis por los científicos de su propio rol. “Objetivar al sujeto objetivante”, pedía alguna vez en ese lenguaje a menudo abstruso por buscar el rigor. Se trataba de que el investigador supiera de su propio condicionamiento social, para así poner un límite a las tendencias a representarse como si fueran hechos objetivos, lo que sería sólo la perspectiva propia de su lugar en la sociedad. Y a la vez, ubicarse dentro del campo de los

intelectuales, de sus reglas de juego y sus disputas por el poder, permitía advertir el juego de estrategias propuesto por los diferentes actores. Nada más lejos, entonces, de cualquier celestial “neutralidad” que pudiera adscribirse a los científicos sociales. Tampoco de la sola referencia a la ideología como núcleo para entender los comportamientos. El autor francés mostraba cómo el poder hace su nido en todas partes.

Buscó superar el “sentido común”: la ciencia produce una objetividad que choca con las expectativas de los investigadores, esos que a menudo confunden sus deseos con la realidad. Esto, tanto para los de izquierda como los de derecha (y los fluctuantes). Su análisis de la educación fue sin duda en esa dirección. Trabajando también con J. Chamboredon y J. Passeron –sus compañeros de investigación en los primeros años de producción– nos legó su conocido *La reproducción*, acerca de las funciones del sistema educativo formal.

Se ganó con ese libro muchos ataques. Los conservadores lo acusaron de liquidar lo que de positivo tiene la educación al fomentar la movilidad y el progreso social, dado que él tendía a mostrar cómo la educación reproduce el infinito de los mismos lugares sociales, para lo cual incluso usó la metáfora biológica del pelícano y sus huevos. Desde la izquierda se le atacó por introducir al quietismo, al proponer una especie de resignación ante las funciones reproductivas del sistema escolar.

Pero si se sigue con detalle al trabajo de Bourdieu y sus colaboradores –apoyado en un considerable acopio empírico– se verá cuánto guardaba de razón: contra los bienpensantes que creen que la educación siempre es una promesa de ascenso, mostró que es verdad que algunos ascienden, pero mientras otros descienden. La estructura se mantiene, aunque algunos actores cambian de clase social. Por tanto, no se modifica la estructura de clases en tanto tal. A la vez, aquellos que desde la izquierda lo atacaron por no advertir en cuánto la escuela puede ayudar a la transformación social, no parecían advertir que Bourdieu se preocupaba por la reproducción de “lugares” sociales, no de la ideología. En el plano de esta última, sin duda que lo escolar abre cierto espacio a la multiplicidad y la polémica. Pero ello no modifica en nada su función reproductora en cuanto a lo socioeconómico y la composición de las clases sociales.

También en este libro propuso la categoría de “violencia simbólica” para aludir a la imposición de un arbitrario cultural determinado. Por cierto que es imposible no apelar a algunos (por ejemplo, al configurar un currículo escolar), pero sin duda ello nubla la advertencia de que se trata de la imposición de un tipo

determinado de mirada. Es decir: en tanto la escuela reproduce el sentido común de los sectores sociales medios, enseña y califica a los alumnos de acuerdo a ese rasero, que opera como un llamado *a priori* de la instrucción y de la evaluación.

Y hablando de apriorismos, fue Bourdieu quien muy bien logró mostrar cómo el sujeto social opera de manera automática, no pensada, no intencionalizada (en todo caso, haciendo coincidir la intención con el condicionamiento incorporado). Siempre es útil para el científico social ser cultivado: ello ayuda a superar determinadas ingenuidades. Apelando a su bagaje intelectual, Bourdieu mostró que –de manera insospechada– un filósofo como Heidegger podía ser muy fecundo para la sociología.

Es que la crítica del filósofo alemán al sujeto epistémico occidental –ese que pretende tener al mundo “ante los ojos”– permitió pensar la cuestión del *sentido práctico*. El sujeto actúa automáticamente, toma decisiones de manera rápida, aparentemente impensada. Y ello sucede porque está en una actitud práctico-operativa ante el mundo, no una actitud teórica o contemplativa. De modo que importa ver cómo se configura esa modalidad de actuación “introyectada” por el sujeto.

De allí surgió la decisiva noción de “habitus”. Esa predisposición a la acción ya tomada por el actor a partir de su relación con la sociedad, y que lo llevo a responder automáticamente ante situaciones nuevas pero homólogas.

Esta atención al mundo de lo práctico se advirtió en las temáticas asumidas por Bourdieu: contra el academicismo inoperante, atacó los prejuicios que no permitían sino tocar temas previamente tildados de “importantes”. Los usos de la moda o las comidas, fueron estudiados tanto como los inmigrantes o el consumo de las bellas artes. Bourdieu fue sanamente transgresor también en este ámbito.

Su análisis de las prácticas ligadas a lo simbólico lo llevaron a trabajar “la distinción”, la diferencia de clase sostenida a través de *habitus* diferentes. Qué útil sería esto en la Argentina actual, la de los cacerolazos de clase media disociados de los saqueos de los sectores marginales! Hay mucho que aprender de estos comportamientos en los que diferentes sectores sociales identifican a sus miembros entre sí, a la vez que los diferencian de los otros sectores.

La especificación por Bourdieu de diferentes tipos de capital, donde lo simbólico y lo intelectual alcanzan peso propio, ha permitido nuevas herramientas de análisis de la sociedad previamente inexistente. Nada más lejos –sin embargo– de que Bourdieu hubiera pretendido ser un *refutador* de la teoría marxista. Pensó más bien en complementaciones conceptuales con ésta. Por nuestra parte,

entendemos evidente que Marx no fue un sociólogo en el sentido que esta palabra tomó a partir del siglo XX: no sólo se ocupaba a la vez de lo político, lo económico y lo social, sino que además lo hacía sólo en el aspecto “macro”. No pretendía dar cuenta de fenómenos sociales más específicos, de modo que lo que Bourdieu agregó en este sentido no se contrapone con el legado marxista.

Como tampoco se contrapuso en la práctica política comprometida que Bourdieu fue acentuando en sus últimos años. Su cuidado estilo científico inicial inhibía parcialmente sus definiciones políticas, pero luego advirtió que no había contradicción entre ciencia e ideología, rigor analítico y decisión práctica.

Fue en ese nivel que desarrolló su implacable crítica de la televisión contemporánea, mostrando que a menudo deja poco espacio a la argumentación y mucho al espectáculo. Y advirtiendo su mayor mal: permitir a algunos intelectuales de baja competitividad en su propio campo intelectual, “pasar por arriba” de las normas del campo. No considera negativo participar en la TV, siempre que puedan fijarse normas de exposición, y que quien habla en TV sea el mismo que puede hablar competentemente en el espacio académico.

Bourdieu nos deja un amplio “corpus” para seguir aprendiendo. Y una tarea inconclusa de lucha contra el concentracionario capitalismo globalizado. Nos da el ejemplo de que alguien con su trayectoria se arriesgara en asambleas públicas y debates mediáticos.

Y desde ya, nos lega una nostalgia por lo nunca tenido. Por esa obra que aún podía haber producido. Por los testimonios que ya no veremos. Por un ejercicio de rigor y consecuencia que los tiempos contemporáneos tienden a soslayar, y que él sostuvo sin renunciamentos.